

EL ADIÓS DE ANTONIO MACHADO Y JUAN RAMÓN JIMÉNEZ A DON FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS

JESÚS RUBIO JIMÉNEZ

Universidad de Zaragoza

En España hay que ser fuego sobre
piedra, que no unen. Para su secreto el
fuego necesita dureza y orden; si no
aparece y destruye.

(Juan Ramón Jiménez,
“Lo bastante” 324)

En 2015 se cumple el primer centenario de la muerte de Francisco Giner de los Ríos, que falleció en Madrid el 18 de febrero de 1915. Su desaparición dio lugar a numerosas necrologías donde se reconocían su impecable trayectoria personal y su enorme influencia en algunos sectores de la vida española. El *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* recogió varias en el volumen doble de febrero y marzo de aquel año y hasta se abrió una sección *In memoriam* para seguir dando cuenta de otras. Jiménez Landi ha hecho un recuento de “Retratos y semblanzas de don Francisco Giner”, que son una oportuna introducción al asunto (véase el volumen segundo de Jiménez Landi). Son textos varios de ellos memorables, referidos a aquel *andaluz de fuego*, glosando su singular personalidad dotada de “esa fina ironía que hería para curar y ungía al herir” como escribió entonces Julián Besteiro. Aquel hombre para quien solo lo inútil era necesario —Ortega y Gasset *dixit*— concitaba adhesiones inquebrantables y también un odio incomprensible en otros sectores.

En este ensayo voy a referirme a los escritos de despedida de los dos mayores poetas españoles de aquel momento que reconocieron su magisterio y no dejaron pasar la ocasión de decirlo públicamente al morir el maestro. Lo hicieron en más de un sitio, pero aquí centraré mi atención en los textos publicados en la revista *España*, en su número cinco, correspondiente al 26 de febrero de 1915. Una parte significativa de aquel número se dedicó a homenajear su figura, incluyendo su fotografía, seguida de una glosa de su personalidad, firmada por Luis de Zulueta, "Don Francisco. In memoriam"; sin firma publicaron "La última cuartilla" escrita por Giner de los Ríos y los dos textos que aquí importan más: "Elegía pura", de Juan Ramón Jiménez y el después tantas veces comentado poema de Antonio Machado, "A Don Francisco Giner de los Ríos". Son dos textos memorables, que pertenecen a la mejor tradición elegíaca moderna española¹.

La breve nota de Giner de los Ríos –la había dictado desde la cama respondiendo a una consulta– tiene el valor de un pequeño testamento, defendiendo el liberalismo, el entendimiento mediante el diálogo y apelando –como siempre– a la importancia de la vida interior:

En general, la opinión liberal en España desearía caminar hacia una organización eficaz de las relaciones entre los pueblos, sea por medio de arbitraje, sea bien por verdadera organización política. Pero la mayor fuerza de esta posibilidad depende de la vida interior: de que los individuos y los pueblos no hallen su ideal en la extensión del poder, territorio, grandeza, supremacía respecto de nadie, en vez de ponerlo en una vida cada vez más pura y espiritual y noble, ayudada por los medios necesarios, que no han de ser arrebatados a los demás por la conquista o por la astucia².

La revista *España* había iniciado su andadura unas semanas antes –el 29 de enero de 1915– para mantener viva precisamente la tradición liberal dialogante y la voluntad de educar hombres nuevos para un futuro mejor y más tolerante en un momento de inestabilidad internacional y en plena Primera Guerra Mundial. En su primer número habían incluido

el poema de Machado "A una España joven", de inspiración institucionista (*Obras completas* 2: 595-96). En él, el poeta se refería al país en decadencia que le tocó vivir y a cómo su generación creyó en un alba nueva, que finalmente no llegó. No obstante en la parte final apelaba a una nueva juventud que podría alcanzar esa luz:

Tú, juventud más joven, si de más alta cumbre
la voluntad te llega, irás a tu aventura
despierta y transparente a la divina lumbre,
como el diamante clara, como el diamante pura.
(*Obras completas* 2: 595)

La revista en su conjunto respondía a algunos de los presupuestos básicos de la Institución Libre de Enseñanza y era natural que se sumara a la despedida del maestro solicitando algunas colaboraciones de excepción como las que comento, que concretan el sentido de esa luz buscada.

I. "A don Francisco Giner de los Ríos", de Antonio Machado

A los pocos días de la muerte de don Francisco, Antonio Machado publicó una semblanza en prosa, que prepara el escenario para el maravilloso poema de *España*: "Don Francisco Giner de los Ríos", en *Idea Nueva* (Baeza), el 23 de febrero de 1915; poco después fue recogido en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (XXXIX, nº 664 [220-21]) y en el periódico soriano *Porvenir castellano*, el 4 de marzo de 1915 (*Obras completas* 3: 1575-77). También el poema tuvo otras ediciones tras su publicación en *España*, siendo recogido en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* y, al fin, en la sección de "Elogios" de *Campos de Castilla* desde donde se ha convertido en uno de los textos más difundidos del poeta, extendiéndose con el tiempo la visión que tenía del maestro, a él mismo. El poema ha sido objeto de muchos comentarios que quizás han desdibujado su horizonte primero, que aquí trato de recuperar (Chiappini, González y Rodríguez, Heydl-Cortínez).

Chiapini ha realizado, además, un pormenorizado comentario de la semblanza en prosa, destacando que a Machado la noticia de la muerte de Giner le trajo a la mente el recuerdo

de los días de su infancia en la Institución y cómo, cuando el maestro aparecía, todos los niños corrían hacia él y lo acompañaban gozosos hasta la clase. La escena tiene no poco de traslación de la escena evangélica –el conocido pasaje en que Jesús pide: “Dejad que los niños se acerquen a mí...” (Mateo 19, 13-15; Marcos 10, 13-16)– al ámbito del maestro institucionista, sacralizando paradójicamente su figura. Giner –quien ya tenía entonces el cabello y la barba blancos–, trabajaba con los niños amorosamente, aplicando su método socrático, desarrollando su vida interior para que fueran ellos mismos y supieran huir de lo aparatoso, lo decorativo, lo solemne, lo ritual y lo inerte, que acaban ahogando el espíritu. Machado lo recordaba como un verdadero asceta, pero no contemplativo, sino laborioso y activo, afirmando que con el tiempo “Toda la España viva, joven y fecunda acabó por agruparse en torno al imán invisible de aquel alma tan fuerte y tan pura” (*Obras completas* 3: 1576). Es decir, su mensaje es el mismo del poema citado que incluyó *España* en su primer número: “A una España joven” o el del poema que aquí importa. En los dos últimos párrafos de su semblanza, Machado se refería a cómo había muerto el maestro:

Y hace unos días se nos marchó, no sabemos adónde. Yo pienso que se fue hacia la luz. Jamás creeré en su muerte. Solo pasan para siempre los muertos y las sombras, los que no vivían la propia vida. (*Obras completas* 3: 1576-77)

El poema “A una España joven” y la semblanza en prosa nos dejan por tanto a las puertas del poema “A don Francisco Giner de los Ríos” donde los aspectos tratados del personaje son los mismos, insistiendo en el carácter laborioso del maestro con rotundidad, pero apoyándose siempre en una intensa vida interior. De entrada, el poeta establece diálogo con un peculiar interlocutor, ya nombrado en los textos citados, la luz: “la luz esta mañana / me dijo...”. Esta considera que su hermano Francisco hace tres días que no trabaja, pues se fue por una senda clara tras dejar su ejemplo laborioso y sus mensajes. Deben trabajar y ser buenos para cumplir su destino de hombres con alma. En el poema “A una España

joven”, el poeta se veía en su juventud, adivinando ya la posibilidad de esa España:

Ya entonces, por el fondo de nuestro sueño –herencia
de un siglo que vencido sin gloria se alejaba–
un alba entrar quería; con nuestra turbulencia
la luz de las divinas ideas batallaban.

(*Obras completas* 2: 594)

En la segunda parte del poema, invita el poeta a llevar su cuerpo al Guadarrama, para que su corazón repose “bajo una encina casta, / en tierra de tomillos, donde juegan / mariposas doradas”. Cumplido su destino el maestro volvía a la tierra para integrarse en ella; en los deseos del poeta, era enterrado en la sierra del Guadarrama, en el lugar donde habitualmente “soñaba un nuevo florecer de España”.

No es exagerado integrar este poema en la tradición de la poesía ilustrada en un doble sentido: por lo que tiene de invitación a transformar la realidad española, haciendo que nazca en ella una nueva luz –nada ajena al sentido simbólico primordial de la Ilustración– y una vez terminado el propio camino y trabajos, integrarse en esa misma tierra que se ha tratado de transformar, iluminándola por el trabajo. Esta actitud evoca el deísmo dieciochesco y la voluntad de sus defensores de ser enterrados en plena naturaleza, para integrarse en ella plenamente. Y por ello no es un paisaje cualquiera el evocado como destino final del muerto, sino la sierra del Guadarrama, que frecuentó durante su vida, convirtiéndola en espacio de descanso, pero también de ensoñación, de contemplación desde la altura de la realidad española. La mención del Guadarrama con un valor que trasciende a lo meramente descriptivo para alcanzar un valor simbólico fundamental se puede rastrear en otros textos machadianos como ha hecho Chiapini. Y aún añadiría más: resuenan también en esta evocación del Guadarrama ecos de otros glorificadores de las montañas en el cambio de siglo como Nietzsche o el geógrafo anarquista francés Elisée Reclus. La montaña es vista como el reducto donde es posible una vida más pura cuya posibilidad se ha perdido en las ciudades de la llanura. Es el lugar desde donde se atalaya la vida con perspectiva

adecuada, espacio intermedio entre la tierra y el cielo, donde se ha aprendido a vivir la vida en plenitud. Y por eso puede evocar la luz del maestro: “lleva quien deja y vive el que ha vivido”. La misma idea había comparecido ya en la semblanza en prosa al referirse a su educación institucionista. Para Machado solo los malvados y los farsantes pasan sin dejar huella, “esos hombres de presa que llamamos caciques, esos repugnantes cucañistas que se dicen políticos, los histriones de todos los escenarios, los fariseos de todos los cultos” (*Obras completas* 3: 1577). Frente a ellos se alzan paradójicamente vivos por sus obras, quienes trabajaron discretamente por la mejora de sus semejantes. ¿No se establece un diálogo entre estas afirmaciones y las contenidas en la cuartilla de Giner publicada también en *España*?

Se despidе por ello serenamente al maestro, con un duelo de “labores y esperanzas”, a sabiendas de que la suya ha sido una vida ejemplar en lo material y en lo espiritual. De ahí se deriva su bondad y la fuerza de su recomendación: “Sed buenos y no más, sed lo que he sido, / entre vosotros: alma” (*Obras completas* 2: 587).

Antonio Machado se había educado en la Institución Libre de Enseñanza y quedó definitivamente marcado con su impronta. Giner de los Ríos se convertirá para él en el modelo de bondad buscada –el célebre “Soy, en el buen sentido de la palabra, bueno” del verso de su “Retrato” de 1908–, atenta tanto al cultivo interior como al servicio de la sociedad a la que se pertenece.

II. “Elegía pura”, de Juan Ramón Jiménez

En el caso de Juan Ramón Jiménez hay también un corolario de textos que rodean “Elegía pura” de la revista *España* y que prefiguran lo que debía ser su libro fallido dedicado a glosar la personalidad de Giner de los Ríos. Van desde el evocador título coincidente con la primera serie de poemas de uno de sus libros –*Elegías* (1908-1910) con sus tres partes “Elegías puras”, “Elegías intermedias” y “Elegías lamentables”– a sucesivas semblanzas y otros testimonios con los que el poeta de Moguer pensaba formar su libro sobre el maestro. Hasta barajó diferentes títulos para él y ensayó su

recopilación: *Un león andaluz*. Hoy estos textos han dado lugar a *Un andaluz de fuego: Francisco Giner de los Ríos*, recopilado y editado por María Jesús Domínguez Sío en 1998, quien reparte los cuatro capitulillos de “Elegía pura” en distintos lugares, al haber ideado para la organización del libro un recorrido cronológico por la vida de Giner de los Ríos. Son los textos designados con los números 2, 3, 49 y 55 de su recopilación con algunos cambios textuales respecto a su edición en la revista, que será la tenida en cuenta aquí y en la que todavía detalles como su peculiar ortografía no aparecen (Jiménez, *Un andaluz*). Después, en 2005, Blasco y Gómez Trueba han preferido el título de *Un león andaluz*, pero lo sustancial, es lo mismo.

En la propia revista *España*, cuando Juan Ramón Jiménez comenzó a dar a conocer en sus páginas algunos de sus primeros retratos, que darían lugar con el tiempo a *Españoles de tres mundos*, el 8 de marzo de 1924 incluyó “Diario vital y estético de *Elegía a la muerte de un hombre*” con los retratos de Francisco Giner de los Ríos, Bartolomé Cossío y Ricardo Rubio, es decir, tres pilares del Institucionismo. En el intervalo había ya barajado otros títulos para su libro sobre Giner como *Elegía a la memoria de un hombre puro*, que pensaba editar con su dinero y regalar sus derechos a la Fundación Giner de los Ríos, promovida por sus discípulos (Jiménez, *Un andaluz* 102 y ss.).

El retrato de Giner –que es uno de los más bellos de *Españoles de tres mundos*, pero que había comenzado a gestarse en 1915 como “Francisco Giner”– es desde su arranque un ensartado de imágenes que se van encadenando para tratar de atrapar su espíritu ardiente y volátil: “fuego con viento”, “silbante víbora de luz”, “chispeante enredadera de ascuas”, “leonzuelo relampagueante”, “reguero puro de oro”, “incendio agudo”, ... (Jiménez, *Un andaluz* 115).

Lo sigue una relación de distintos nombres con que ha sido llamado como si se tratara de una experimentación al modo de las de Ramón Gómez de la Serna para sus greguerías, y que había dado lugar a “San Francisquito”, “Don Francisquito”, “Don Paco”, “Asís”, “Santito”, “Paco”,... una sucesión de aproximaciones donde el nombre del maestro

chisporrotea en múltiples llamas y maneras, dando lugar a una sacralización del personaje sin que se pierda su cercanía. Pero al cabo opta por su nombre, como él se lo ponía –“Francisco Giner”– o como lo nombraban los más allegados –“Don Francisco”–, el mejor definidor de este hombre que calificaba como “bueno” y hasta “buenísimo”, “una alegre llama condenada a la tierra”, “fuente de sangre irrestañable en un campo de estío” (115). Interesado en todo: “En todo era todo en él: niño en el niño; mujer en la mujer; hombre como cada hombre: el joven, el enfermo, el listo, el peor, el sano, el viejo, el inocente; y árbol en el paisaje, pájaro y flor, y más que nada, luz, graciosa luz, luz” (115).

Como “Elegía pura”, este retrato es resultado de múltiples tanteos y punto de partida de muchos otros textos donde se desarrollarán aspectos aquí apenas abocetados o enumerados. Y sobre todo, recurre a la palabra que sublima su forma de ser y que será la base de su significación simbólica: luz.

Para comprender el alcance de este boceto de retrato o el de “Elegía pura” en cualquier caso hay que remontarse también a lo que fue el trato de Juan Ramón con el maestro. Lo conoció a través del médico Luis Simarro Lacarra (1851-1921) en cuyas manos se puso para su tratamiento tras su vuelta de Francia. Este prestigioso neurólogo mantenía estrechos vínculos con la Institución Libre de Enseñanza y fue quien le presentó a Giner de los Ríos. Juan Ramón vivió en casa del doctor Simarro unos meses en 1905 y compartió muchas horas con él y con Giner que resultaron fundamentales en su formación estética y ética como han destacado sus estudiosos (Domínguez Sío 41-47, 50-53; Villar). Amplió con ellos el horizonte de sus lecturas hacia las literaturas inglesa y alemana. Pasó temporadas en el Guadarrama y acompañó a esta sierra madrileña en muchas ocasiones a Simarro, Giner y otros institucionistas –Gumersindo de Azcárate, Bartolomé Cossío– en sus excursiones de fin de semana. Retirado entre 1905 y 1912 en Moguer no hizo sino ahondar en muchas de las ideas y actitudes aprendidas de los institucionistas, en particular, la austeridad suficiente, el sentido del orden, el intenso contacto con lo popular o con la naturaleza. Cuando volvió a Madrid, tras publicar *Platero y yo* con un éxito tan

extraordinario como inesperado, no tardó en instalarse en la Residencia de Estudiantes hasta que se embarcó para Estados Unidos el 29 de enero de 1916, para casarse con Zenobia Camprubí a quien había conocido en aquel entorno. Fue en este tramo de tiempo cuando se produjo la muerte de don Francisco y con unas circunstancias especialmente significativas para él: el último libro que tuvo sobre su mesilla y del que había regalado varios ejemplares a sus allegados aquellas navidades fue *Platero y yo*. Durante su enfermedad, en una de sus visitas, hasta le leyó a Juan Ramón el capítulo referente a la muerte de Platero... que en aquellas circunstancias era casi una premonición —o una preparación, si se prefiere— de la suya (Domínguez Sío 69-90). En aquel libro, Giner encontraba un ejemplo claro que reforzaba su creencia en que todo se podría mejorar educando la sensibilidad en la bondad y en la belleza. Sería algo que Juan Ramón no olvidaría nunca y en su necrología mantuvo el mismo tono del final de *Platero y yo*, donde la muerte irrumpe en el paraíso sin violencia.

“Elegía pura” fue escrita por lo tanto en el momento de mayor cercanía emotiva al maestro, en los días inmediatamente posteriores a su muerte y es un texto singular dentro de la tradición elegíaca española por su falta de énfasis y por los ángulos de contemplación que elige en sus cuatro partes: “El pobre señor ha muerto...”, “Paz”, “Cementerio civil” y “Guirnalda”³.

Como en el poema de Machado o en el mencionado boceto de retrato “Francisco Giner”, es también la llegada de la luz de la mañana, tras velar al maestro difunto, el momento en que se siente incitado a valorar su significación, partiendo del comentario de un niño que dice: “El pobre señor ha muerto...”. Una frase nada inocente, porque si de un lado conlleva una compasiva consideración del muerto, por otra, constata con inocente rotundidad, lo esencial de su personalidad: la austeridad desprendida como modo de vida. Resume con su inocente comentario lo que representa Giner para los niños con una mezcla de asombro por la muerte del maestro y también de sensación de desamparo. El diálogo o la continuidad con el boceto anterior se hace evidente: “Parecía que

hubiese ido encarnando cuanto hay de ardiente, de tierno y de agudo en la vida: la flor, la llama, el pájaro, la cima, el niño...”.

El escenario del velatorio, descrito en “Paz”, es de gran austeridad: la alcoba donde el maestro ha vivido, amueblada con lo imprescindible, pero logrando un equilibrio de “austeridad y hermosura” con la dignidad de lo popular no engolado: “Albo es todo esto y pulcro como una casita del campo andaluz, como el encalado portal de un paraíso del mediodía”. La muerte tiene ahí una cara amable. Durante todo el día del velatorio, son cuidados todos los detalles por Natalia y Jacinta –las hijas de Manuel B. Cossío y Carmen López Cortón, la primera de ellas esposa de Alberto Jiménez Fraud–. En versiones posteriores se añade Micaela Rubio, también joven del entorno de la Institución. Resumen el mundo familiar que rodeó en la Institución al maestro.

Una habitación, además, abierta al jardín con lo que vida humana y vida natural se funden armónicas y tanto protagonismo tienen en el adiós al maestro los seres humanos –los seres queridos que van desfilado– como los pájaros, el viento que anuncia la primavera, unas nubes rosas confusamente copiadas en un cristal. Al comienzo, “Una senda de olor a romero y violetas que, con el aire del balcón abierto, va y viene, conduce, como una blanca mano, hasta el que descansa... Paz”. Naturaleza y mundo humano conviven armónicamente y el paso de la vida a la muerte del maestro apenas se nota, porque llega un momento en que “La alcoba y el jardín luchan mansamente con sus claridades; la albura de la alcoba vence y se derrama exaltándose, por toda la tarde”. Es decir, la luz del maestro se funde definitivamente con la del mundo natural mientras canta el mirlo que él oyera durante treinta años y “Un gorrión friolero sube a una mancha instantánea que el sol pinta en la cima de un árbol cercano y pía casi dentro”. La fluidez del mundo natural al humano, y viceversa, son continuos, forman un solo mundo armónico e integrador. Y Juan Ramón, que retoma la imagen esencial –la luz–, concreta otras –los pájaros: el mirlo y el gorrión– que después desarrollará más en textos posteriores sobre el

maestro como “Los mirlos” y “Verano en la Institución. Soledad. Los mirlos” (Jiménez, *Un andaluz* 123 y 141).

De ahí pasa a otra estampa con el breve relato de su entierro en el “Cementerio civil” madrileño, tal como se lee en su verja, frente a otro letrero con la leyenda “Cementerio católico”, “para que se sepa”. Subraya la marginación social de Giner. De manera tan directa como escueta recalca así el carácter heterodoxo de Giner y los suyos, defensores de la espiritualidad interior, pero enfrentados al catolicismo político dominante. Pero él no buscaba confrontación y hubiera preferido no ser enterrado ahí, sino más discretamente aún: “Pero ha tenido que ser así”, por imperativo legal y solo pasado un tiempo “oirá los mirlos del jardín familiar”.

Un comentario de Bartolomé Cossío durante el sepelio convierte a Julián Sanz del Río en nuevo compañero de Francisco Giner: “Después de todo creo que no le disgustará estar un ratito con D. Julián...”. Un segundo amigo —Federico de Castro— le esperaba también como guardando la tierra. Todo es familiar e íntimo en el entierro, de un contenido estoicismo. Mientras atardece, contempla Juan Ramón al fondo el Guadarrama “excelsamente casto” —tan inseparable del maestro, resumidos ambos en blancura— y “Algún fino pajarillo trina un punto en el sembrado vecino, que ya verdea vagamente; luego viene a la corona de lata de una tumba y se va...”.

El muerto se integra también aquí con normalidad en la naturaleza que tanto amó, enterrado entre dos amigos, con un evónimo joven a la cabecera y a los pies una acacia ya brotada como madrugador anuncio de una primavera que se acerca más simbólicamente que realmente si se atiende a las fechas del calendario.

Juan Ramón había afinado hasta lo indecible su observación de los detalles más minúsculos de la vida natural durante su largo apartamiento en Moguer. De ahí vienen su serena melancolía y su capacidad para la elegía antirretórica. Un repaso de *Elegías*, *Platero y yo* y otros libros de aquellos años lo ilustran a la perfección. Y no falta alguna frase enigmática, cuyo alcance completo no sabríamos de no contar con otros textos que desarrollaron estas impresiones: “He

visto, a veces, apagar fuego con tierra. Innumerables lengüetillas la taladraban por doquiera...". El poeta se contiene y apenas insinúa su visión de Giner como "andaluz de fuego", pasando a la "Guirnalda" final, que es una breve reflexión sobre cómo otros contarán después de su vida y de su obra "tanta cosa buena, útil, bella y justa". Pero

Hoy solo sea su pasar muerto por la estancia del alma, en la que tanto entrara vivo, colmándola entonces de gracia, de frescura y de alegría. En el sitio a que él venía queda para siempre su imagen, quieta como cuerpo en la tumba. Le será al alma un día su sol, otro sus rosas, otro su fuego, otro su rocío, en una eterna postrimería de primavera purificada, cuyas hojas verdeoro nunca se llevará el soplo del invierno. ("Elegía pura" 7)

Juan Ramón no dejó después durante años de escribir su inacabado libro sobre el maestro, pero, al hilo del sepelio, dejó trazadas ya sus líneas maestras y sobre todo sembradas las semillas de su núcleo más hondo.

"Elegía pura" como "A don Francisco Giner de los Ríos", de Antonio Machado, es una pieza diferente a las habituales en esas circunstancias; no se despeña por los caminos de la elocuencia sino que discurre suavemente por los senderos de lo cotidiano.

Hay varios elementos comunes en las dos elegías que desarrollan desde sus personales ángulos de contemplación sendos retratos de don Francisco Giner de los Ríos en los que se repiten la bondad, el desprendimiento de los bienes materiales, la pasión pedagógica. Además, los dos proponen un mismo ideal de vida aprendido junto al maestro: la sencillez franciscana. La sensibilidad para los elementos más cercanos y cotidianos de la vida con los que se establece una relación profunda y con los que se va produciendo una comunicación creciente hasta la comunión absoluta que se produce con la muerte al integrarse una vez muertos en la madre tierra. Había penetrado hasta el fondo de sus almas el pensamiento idealista krausista defendido y vivido por el maestro. Les había transmitido unas actitudes estéticas y éticas inseparables, la conciencia de que la mejor obra de un hombre es él

mismo, creando belleza, que ilumina la propia vida y la de los demás. Esta era la misión que los krausistas asignaban al artista.

La vida artística cultivada como una verdadera profesión religiosa, que exigía un comportamiento ascético, es recurrente en diferentes escritores españoles del cambio de siglo. Sin duda, uno de sus inspiradores, con sus ideas y con su ejemplo, fue Giner de los Ríos y en general los institucionistas. Es cierto que fue la época de los *intelectuales*, a quienes se exigía un compromiso con la realidad política del momento, pero no lo es menos, que otros insistieron en la importancia del hombre interior, que debía equilibrar la tentación de la acción desahogada e irreflexiva. Giner no olvidó nunca este aspecto. A la larga, los hombres de mejor temple fueron quienes lograron este equilibrio y la trayectoria de los dos poetas comentados lo confirma. De aquí la vigencia de su literatura, pero también la ejemplaridad de sus vidas, que en ocasiones se suele olvidar. En realidad, si se relea con cierto cuidado la breve cuartilla del maestro para la revista *España*, se encuentra en ella condensado su pensamiento: su defensa del hombre interior que respeta a los demás, a diferencia de aquellos que solo creen en la fuerza o en la astucia y las convierten en formas de dominio. Solamente la vida interior pone límites a la barbarie conquistadora y hace que los hombres sean realmente libres. De la herencia dejada por Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez en la poesía española no es la parte menos importante por ello, la transmisión de los ideales institucionistas, que en sus poemas se convierte en programa de educación ética y estética inmejorables como se fue demostrando en los años posteriores y en circunstancias nada fáciles.

El reconocimiento de los maestros espirituales —lo son todos los verdaderos educadores— es uno de los actos de gratitud que más y mejor revelan la calidad humana. Quien educa, enseña a ver el mundo. Orienta la mirada. Dirige la pequeña planta hacia la altura, podando las ramas inútiles, orientando el tronco hacia lo esencial. Francisco Giner de los Ríos fue determinante en la trayectoria de Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez. Nunca se apreciará suficientemente cuanto

deben estos dos poetas imprescindibles de la tradición moderna en lengua española al maestro en su finura estética y en su profundo sentido ético. Supo dirigirlos hacia lo esencial con su ejemplo. Y de aquí que en mi contribución a este merecido homenaje a Luis González del Valle, gran educador y excelente amigo, me haya parecido oportuno recordarlo, ahora que se cumplen cien años desde que “hacia otra luz más pura / partió el hermano de la luz del alba, / del sol de los talleres, / el viejo alegre de la vida santa”.

NOTAS

1. Este poema ha sido recogido y analizado por Poeta (160 y 460), pero no la elegía de Juan Ramón Jiménez a quien apenas cita de pasada (57-58) y de quien antologa algunos pasajes de *Platero y yo*: “La muerte”, “Nostalgia”, “En el cielo de Moguer” y “A Platero, en su tierra” (192-194). Nada ajenos, sin embargo, al espíritu de “Elegía pura”, con sus pinceladas de paisaje, la presencia de pequeños seres del mundo natural y su profundo panteísmo.

2. El pequeño texto circunstancial adquirió una nueva dimensión por ser el último de Giner de los Ríos. Y con los años más todavía cuando, por ejemplo, la revista *Litoral* (21-22, septiembre de 1971) dedicó un homenaje a “Ronda y su torero”, el matador Cayetano Ordóñez. Sin embargo, ocupan espacio más relevante en el volumen el también rondeño Giner de los Ríos, de quien se reproduce la cuartilla en cuestión junto a un retrato del grabador de Estampa Popular, Cristóbal Aguilar Barea. Además, el poema de Antonio Machado “A don Francisco Giner de los Ríos” y otro retrato del propio Machado, del mismo grabador, glosado con un soneto de Pedro Pérez Clotet: “A Antonio Machado”. Maestro y discípulo comparten así no solo páginas sino homenaje. En la España franquista, represiva y oscurantista, mantenían sus palabras toda su fuerza y su frescura, aunque fueran presentadas en el equívoco marco de un homenaje a un torero rondeño.

3. Véase completo el comentario de Domínguez Sío (82-93). Este texto lo incorporaría también a uno de sus veinte cuadernos de *Presente* –el número 18 dedicado a la memoria de Giner de los Ríos–, en 1933.

OBRAS CITADAS

- Chiapini, Gaetano. "Los 'Elogios' de *Campos de Castilla* como hipótesis experimental. El CXXXIX a Don Francisco Giner de los Ríos, entre poesía y prosa". *Antonio Machado hoy (1939-1989)*. Ed. Paul Aubert. Madrid: Casa de Velázquez, 1994. 165-83.
- Domínguez Sío, María Jesús. *La pasión heroica. (Don Francisco Giner de los Ríos y Juan Ramón Jiménez: dos vidas cumplidas)*. Anaquel de ensayos 4. Madrid: Los libros de Fausto, 1994.
- González, Ángel y Alfredo Rodríguez. "La elegía como forma poética en Machado". *Papeles de Son Armadans* 87 (1977): 23-51.
- Heydl-Cortínez, Cecilia. "Giner de los Ríos: El maestro en unos poemas de Unamuno, Antonio Machado, y en la prosa de Jiménez". *Hispanic Journal* 16-2 (otoño 1995): 339-49.
- Jiménez Landi, Antonio. *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente*. 4 vols. Madrid: Complutense, 1996.
- [Giner de los Ríos, Francisco]. "La última cuartilla". *España* 5 (26 de febrero de 1915): 7.
- Jiménez, Juan Ramón. "Lo bastante para vivir". *Antología jeneral en prosa (1898-1954)*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1981. 323-25.
- _____. "Elegía pura". *España* 5 (26 de febrero de 1915): 7.
- _____. *Un andaluz de fuego (Francisco Giner de los Ríos)*. *Obras de Juan Ramón Jiménez*. Ed. María Jesús Domínguez Sío. Huelva: Fundación El Monte-Fundación Juan Ramón Jiménez, 1998.
- _____. *Un león andaluz: Francisco Giner de los Ríos. Obra poética*. 2 vols. Ed. Javier Blasco y Teresa Gómez Trueba. Madrid: Espasa Calpe, 2005.
- Machado, Antonio. "A Don Francisco Giner de los Ríos". *España* 5 (26 de febrero de 1915): 7.
- _____. *Obras completas*. Ed. Oreste Macrì y Gaetano Chiapini. 4 vols. Madrid: Espasa Calpe, 1988.
- Poeta, Salvatore. *La elegía funeral española. Aproximación a la "función" del género y antología*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2013.
- Villar, Arturo del. *Elegía continuada por dos andaluces de llama viva. D. Francisco y Juan Ramón*. Madrid: Libros de Fausto, 1997.
- Zulueta, Luis de. "Don Francisco. In memoriam". *España* 5 (26 de febrero de 1915): 6-7.